

Por Paulina Modiano

“¿Fue realmente la dictadura de Augusto Pinochet una época de crecimiento, prosperidad y bienestar social, contrapuesta a un terrible período de terror, tortura y represión?”

Esa es la primera interrogante que plantea Patricio Meller, ingeniero civil, doctor en Economía, académico de la Universidad de Chile y exasesor de organismos como el BID, la OCDE y el Banco Mundial, al iniciar su análisis denominado “Mitos, Visiones y Lecciones de los últimos 50 años”, presentado hace pocos días en el VI Congreso Nacional de Historia Económica.

Su respuesta es rotunda: “La evidencia empírica revela que la dictadura fue un gran fracaso económico”.

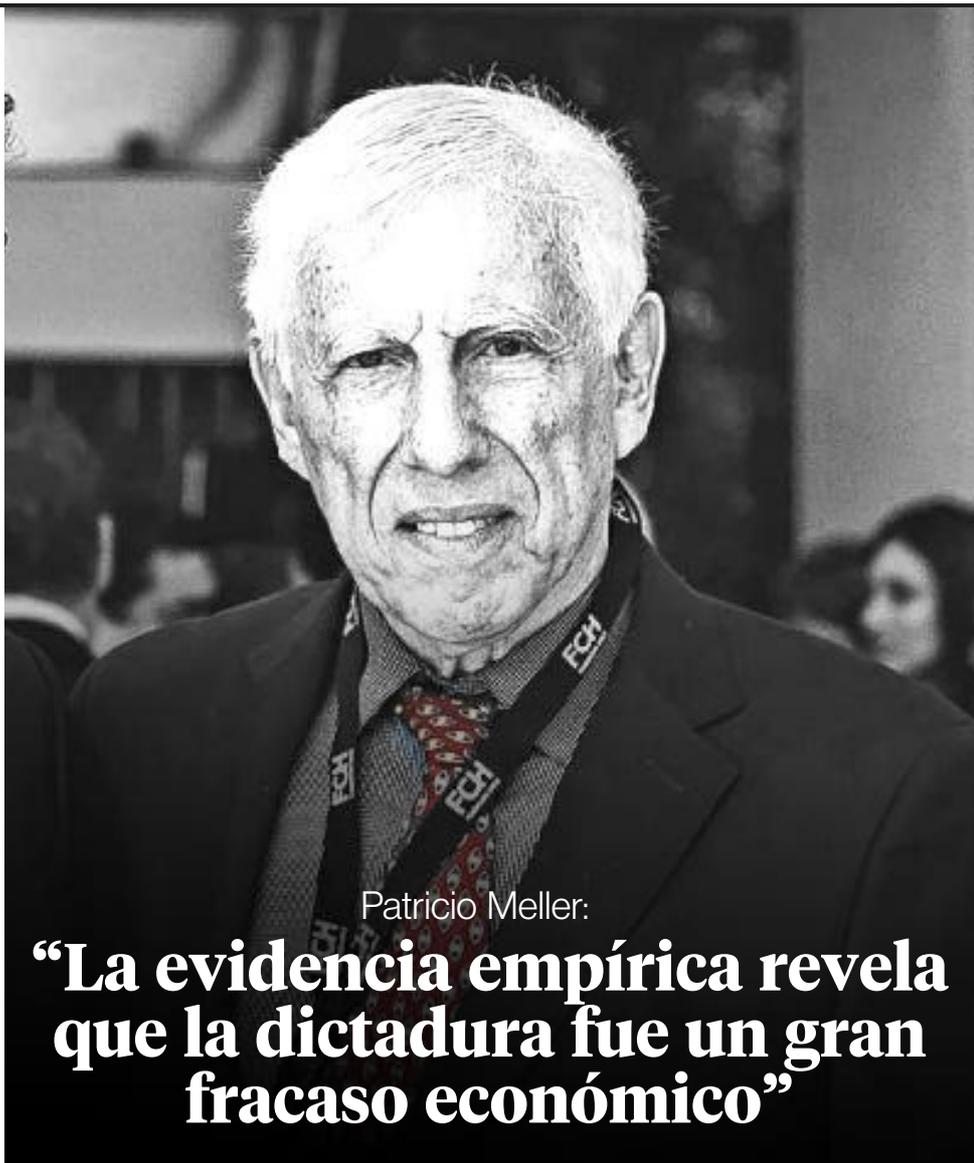
“El impacto de la recesión de 1982 y 1983 implicó una caída del PIB del 15%, una desocupación del 30%, la quiebra de 1.200 empresas y tres bancos, mientras que los otros cinco principales fueron intervenidos con una cartera incobrable de tres a cuatro veces su patrimonio”, complementa.

—¿Fue todo ello consecuencia de la aplicación del sistema impulsado por los “Chicago boys” que usted considera “fundamentalismo de mercado”?

—En parte sí y en otra no. Inicialmente, hicieron una cosa muy bien e inédita en el mundo que fue reducir las barreras para las importaciones a un nivel de 10%. Antes de eso, fluctuaban entre 0% y 750%. Pero esa no era la única traba para importar. Había otras no tarifarias como la obligación de hacer un depósito por tres meses en efectivo. La lógica era no generar distorsiones económicas y tratar a todos los sectores por igual, lo que implicó también eliminar factores de corrupción en el ingreso por aduanas, que es algo que existe en muchos países latinoamericanos y además contribuía a limitar las presiones de los gremios.

—Claro, pero ello no terminó ahí.

—En efecto, luego vino una segunda apertura que fue la liberalización financiera y de la cuenta de capitales. Ahí hubo dos cosas distintas que se hicieron: una para el mercado doméstico, porque antes en Chile la tasa de interés estaba controlada y los Chicago la liberalizaron. Después, vino la liberalización de la cuenta de capitales de la balanza de pagos, que permitió a los agentes económicos chilenos endeudarse en dólares. En ese entonces, la tasa de interés interna era mucho más alta que la externa. Entre 1973 y 1982, se hizo de todo para tratar de bajar la inflación y aún en 1979 estaba sobre el 30%. Ese año se aplicó un nuevo modelo que apareció en Chicago que se llama “enfoco monetario de balanza de pagos”. Lo que se hizo fue usar el tipo de cambio para frenar la inflación y se fijó en 39 pesos. La inflación no bajó instantáneamente. Pero todo el mundo estaba endeudado, y eso produjo un alud de importaciones y un déficit de balanza comercial creciente. Eso se cu-



Patricio Meller:

“La evidencia empírica revela que la dictadura fue un gran fracaso económico”

Es un “mito”, dice, que los años de Pinochet hayan sido una época de crecimiento: tuvo un promedio de menos del 3%, y en el consumo per cápita, de poco más del 1%.

bría con deuda externa, pero privada, no pública, lo que provocó la debacle de los años 82-83 asociada a esta política de tipo de cambio fijo. Cuando esto explota en enero del 82, la banca norteamericana paró todos los créditos hacia Chile y el Estado se tuvo que hacer cargo del endeudamiento en que se había incurrido.

—Eso nos lleva a lo que usted considera como el “mito” de que ese período fue muy bueno para la economía chilena.

—Claro y es algo que está también en la lógica de los “Chicago boys”: el shock. El crecimiento promedio de todo el período fue menos del 3% y el del consumo per cápita, que es lo que mejor refleja lo que está pasando con el bienestar de la gente, porque somos todos consumidores, fue leve-

mente sobre el 1%. Paralelamente, los indicadores de inversión en salud y en educación estaban en orden de 0%. Entonces, tras el retorno a la democracia, lo que hicieron los primeros gobiernos de la Concertación fue incrementar significativamente la inversión en salud y educación, y estamos hablando de 6% por año.

“Vamos a terminar votando algo peor que lo que tenemos.”

—En los años posteriores a la dictadura, Chile tuvo una etapa con muy buenas tasas de crecimiento, pero el modelo económico no se modificó sustancialmente, aunque sí hubo mayor inversión pública en sectores como los que usted menciona, salud y educación.

—En los 90 crecimos y hubo un mon-

tón de cosas que explican ello. Hubo una decisión política muy adecuada de romper con el aislamiento que tenía Chile por la mala imagen de Pinochet, se mostró que el país había vuelto a ser democrático y se empezaron a implementar los tratados de libre comercio, que sirvieron para impulsar al sector exportador. Porque no basta con producir eficientemente, sino que además hay que penetrar los mercados externos. Además, se logró atraer a mucha inversión extranjera directa, que representa un porcentaje alto de la inversión total, y eso nos hizo crecer cuando la globalización se estaba expandiendo aceleradamente. Luego, entre el 2004 y 2005, pescamos otra ola que fue el *boom* del precio de los *commodities*; en ese momento el cobre, después de haber estado a un promedio de 70 centavos de dólar por libra, se elevó a 3,5 dólares por libra. Y no sólo subió el cobre, sino que todo lo que exportaba Chile. Teníamos tasas de crecimiento del 5% al 6% y el desempleo estaba bajo.

—Sin embargo, ni en ese período de bonanza ni después ha habido una corrección más profunda en la desigualdad social que presenta el país hasta el día de hoy, que permita que el crecimiento se acerque a algo más parecido al desarrollo.

—Ahí entramos en el tema político, porque tras el retorno a la democracia teníamos el sistema binominal, que creaba un duopolio de fuerzas para que el Congreso se repartiera mitad y mitad, aunque no fuera representativo de la votación popular. Con el paso de los años, se bajaron los quórums y se cambió el binominal por un sistema representativo de la votación, pero eso se logró hace muy pocos años. La política es la que ha estado siendo un tapón para ir más rápido en la dirección que se debería haber ido.

—Aparentemente sigue siéndolo, porque pese a las reformas que se han hecho, los cambios sociales que se han intentado impulsar en los últimos años siguen atascados y no se ve una disposición al diálogo entre las distintas fuerzas políticas.

—Hemos tenido una Constitución bien amarrada que ahora se está tratando de reformar por segunda vez, después de que el primer intento fracasó porque se fueron hacia un extremo. Pero ahora de nuevo se están yendo hacia el otro lado. Y si es así, vamos a terminar votando algo peor que lo que tenemos.

—¿Usted cree que el nivel de desigualdad que existe en la sociedad chilena fue el sustrato del estallido social del 2019?

—Por supuesto. Estábamos muy segados por los buenos indicadores de la macroeconomía y toda esa idea ridícula que teníamos de compararnos con los otros países latinoamericanos. Cuando uno está en un mundo global, no se compara con los vecinos, sino con los mejores del mundo. El otro factor es micro, ver qué le está pasando a la gente y los que tenían la mejor percepción eran los alcaldes,



El mercado no funciona con las leyes de la naturaleza. Eso es de quienes creen en el mercado como religión y no debiéramos enseñar religión económica”



El primer intento de cambio constitucional fracasó porque se fueron hacia un extremo, ahora se están yendo hacia el otro lado. Si es así vamos a terminar votando algo peor que lo que tenemos”.

porque ellos observan cómo le está llegando este crecimiento a las personas y si coincide con lo que quieren. Y ahí explotó el estallido social. Ahora, con esta sociedad tan fragmentada y segmentada, todo se inició con la evasión en el Metro, que es el principal mecanismo de conexión e integración de la ciudad y que, dentro de los bienes colectivos que se han construido, es uno de los centrales que resuelve la calidad de vida a la gente. Eso es una gran contradicción.

—¿Siente que ese malestar está latente o se ha apaciguado por la primacía de otros problemas también graves, como la seguridad y orden público?

—Bueno, la preocupación por la seguridad es real, porque para vivir en sociedad uno quiere salir tranquilo a la calle a cualquier hora del día y después volver sin problemas. Ese es un requerimiento mínimo y por eso se otorga el monopolio de la fuerza al Estado, para que nos dé esa seguridad. Pero eso no significa que las otras necesidades hayan desaparecido.

“Lo que nos hace falta acá es debate de largo plazo”

—¿Es la educación el eje central para construir desde la base un esquema social más igualitario, partiendo de la etapa preescolar y no sólo al llegar a la universidad, asumiendo que es un deseo legítimo tener acceso a una enseñanza superior?

—Eso es lo que están haciendo los países desarrollados para mejorar el sistema distributivo. Igualan la calidad de la educación desde la primera etapa en los colegios públicos y privados. Y ahí yo llego a un tema no planteado: ¿cuál va a ser el tamaño del sector público?, así como también la metodología de enseñanza. Porque la que estamos aplicando es la del siglo XX, cuya base es memoria, repetición y resolución de problemas conocidos. Y la base de la enseñanza hoy es que hay que resolver problemas desconocidos. Ese salto no lo hemos dado. Es una lección por aprender. Lo que se enseña hoy en las facultades de economía es que el mercado está por sobre la sociedad, que es como decir: dejemos que llueva y veamos lo que pasa. Pero el mercado no funciona con las leyes de la naturaleza. Eso es de quienes creen en el mercado como religión y no debiéramos estar enseñando religión económica, sino análisis económico, entender qué hace bien el mercado y qué mal. El mercado cree en el ser consumista, que es egoísta, racional y maximiza su bienestar por su capacidad adquisitiva, mientras los productores lo hacen por sus ganancias. Ese es su nirvana, su paraíso en la tierra. Y ahí está la diferencia entre la democracia y el sistema de mercado. En la democracia, cada persona tiene un voto, pero en el sistema de mercado se vota según la plata, entonces hay una asimetría que hay que resolver. Los capitalistas se diferencian por los niveles de estado de bienestar que tienen. Y nosotros ni siquiera calificamos para el capitalismo

anglosajón, a diferencia de los países asiáticos que han logrado un gran desarrollo en pocas décadas. Ellos tienen algo que nosotros no hemos aprendido: innovar.

—¿Eso tiene que ver específicamente con la educación en esos países?

—Sí, en parte. Pero hay un concepto central que es que el capital humano es percibido como más importante que los recursos naturales y eso pasa a ser un aspecto central en el siglo XXI. Para mejorar el capital humano, se requiere de la educación formal, pero desde el punto de vista de la innovación es necesario el aprendizaje en la empresa y tiene que ver con un concepto que los asiáticos inventaron que se llama “*capability*”. No existe una palabra equivalente en español, pero es capacidad, actitud, habilidad. Eso apunta a que el mayor porcentaje de innovación se genera dentro de las empresas, porque son ellas las que están compitiendo en el mundo global, no las universidades. Las universidades dan una base, pero dentro de la empresa es donde se desarmaron los motores, se ve cómo funcionan y se intenta hacerlos mejor. Así, estando involucradas en el proceso productivo, se puede innovar y funcionan con una jerarquía más plana, donde la información fluye. Bajo ese esquema, un trabajador puede decirle al gerente esta cosa se puede hacer de otra forma, más rápida. Acá eso no ocurre, hay que pasar muchas capas antes de que alguien de menor rango pueda hablar. Otro aspecto es que hay mucha interacción entre sector público y privado, no se ven como antagonistas. Eso es lo que nos hace falta acá en el debate de largo plazo, para ver cómo salimos de donde estamos y eso no ocurre ni en las universidades.

—¿Y usted cree que actualmente es posible abocarse a ese debate de largo plazo, considerando el nivel de polarización política que se ha acentuando en el último período?

—Es muy complejo y es un escenario que no se está dando sólo en Chile, sino en distintos países, con el riesgo que ello implica para la democracia y como caldo de cultivo para el surgimiento de populismos, de derecha y de izquierda, que pretenden dar soluciones fáciles a problemas complejos, con consecuencias muy nefastas.

—¿Y cómo se explica usted el nivel de polarización actual en Chile donde después de tantas décadas, están resurgiendo voces que justifican el golpe de 1973 como una consecuencia inevitable de la crisis de los años de la UP? ¿Cree que son dos brazos equiparables en una misma balanza?

—No. Yo creo que el senador José Miguel Insulza lo planteó muy bien, en el sentido de que hubo algunos que, previo al golpe, no previeron lo que iba a ocurrir después. Pero hoy día justificar el golpe, sabiendo todo lo que ocurrió durante la dictadura, no tiene ningún asidero. Si entramos en esa dicotomía, quiere decir que estamos todos muy mal, en un país enfermo. Y cómo se cura eso, realmente no sé.